

# reflexiones

por Achim Steiner, Secretario General Adjunto de las Naciones Unidas y Director Ejecutivo del PNUMA y Marco González, Secretario Ejecutivo de la Secretaría del Ozono

Corría el año 1987. La Unión Soviética lanzaba la estación espacial Mir, la población mundial llegaba a los cinco mil millones de habitantes, Oscar Arias Sánchez ganaba el premio Nobel de la Paz y el disco 'Graceland' de Paul Simon era nominado disco del año. Pero tal vez el evento clave haya ocurrido en Canadá, cuando los países del mundo decidieron firmar el Protocolo de Montreal para reparar y proteger la capa protectora de ozono que protege la tierra.

El tratado tal vez sea el acuerdo ambiental internacional más exitoso que se haya realizado nunca. Genera ciencia y proporciona fondos para asistir a los países en desarrollo a eliminar gradualmente las sustancias químicas que dañan el ozono, como los clorofluorocarbonos (CFC) y los halones. Pero su efecto se extiende más allá de salvaguardar la salud pública del exceso de rayos solares ultravioletas.

Ahora queda claro que, como las sustancias que agotan el ozono también suelen ser poderosos gases de efecto invernadero, el tratado le ha evitado al planeta y a su gente buena parte del calentamiento de la tierra. Por sobre todo, es un símbolo de cómo, al enfrentar una seria amenaza internacional, los países pueden dejar de lado sus diferencias y trabajar por una causa común dentro del marco de las Naciones Unidas.

Esta edición de Nuestro Planeta celebra el vigésimo Aniversario del Protocolo y los logros pasados, presentes -y tal vez futuros- de aquéllos que lo han transformado en un éxito. Futuros porque, si bien el 95% de las sustancias que controla han sido gradualmente eliminadas, el 5% restante puede resultar problemático. Es necesario eliminarlas para poder recuperar completamente la capa de ozono.

Además, algunas sustancias químicas que agotan la capa de ozono también se están utilizando cada vez más de modos no aceptados por las disposiciones del tratado. Un ejemplo de ello es el metilbromuro, que actualmente no se está usando como plaguicida controlado sino como fumigante no controlado en los pallets de madera de los despachos internacionales.

La participación del PNUMA en el tema comenzó en 1977, luego de la creciente inquietud generada por la relación entre los CFC y el daño a la capa de ozono que protege la tierra. El gran catalizador para la acción apareció cuando la British Antarctic Survey encontró un agujero de ozono sobre la Antártida en 1985. Notablemente, una vez aceptada la evidencia científica, los gobiernos actuaron rápidamente para acordar el tratado. Igualmente importante fue el hecho de que la industria, una vez que recibió la evidencia indisputable, también actuó rápidamente para proporcionar y utilizar otras alternativas.



El Fondo Multilateral, que ha provisto más de mil trescientos millones de dólares en fondos para llevar a cabo la eliminación progresiva en los países, constituye otra pieza clave del éxito. Este verano China cerró cinco plantas, adelantándose en dos años y medio a la meta del año 2010 fijada para eliminar los CFC y los halones en los países en desarrollo.

Cuando los gobiernos se reúnan en Montreal en septiembre, un gran desafío será analizar cómo el tratado puede contribuir aún más a combatir el cambio climático. Científicos de los Países Bajos y de los Estados Unidos de Norteamérica estiman que para el año 2010, la gradual eliminación de los CFC y de otras sustancias que agotan la capa de ozono habrá evitado la generación de una cantidad de dióxido de carbono equivalente a 11 gigatoneladas por año. Esto se compara con una reducción de sólo una gigatonelada respecto de los niveles de 1990 exigida por el protocolo de Kyoto, o dos gigatoneladas respecto de lo que hubieran sido los niveles de 2010 si las emisiones hubieran continuado aumentando sin control.

Añaden que podría contribuir aún más, ya que algunas de las sustancias químicas alternativas a los CFC, tales como los HCFC y los HFC, también ejercen un efecto sobre el cambio climático. Ellos sugieren que la combinación de una eliminación acelerada, la introducción de más productos que no dañen el clima y cambios relativamente pequeños en las prácticas industriales podría disminuir el equivalente de algo más de una gigatonelada adicional de dióxido de carbono.

De modo que la historia del Protocolo de Montreal aún no ha llegado al último capítulo. Queda mucho más por hacer y mayores beneficios por cosechar. Pero el hecho de que la capa de ozono esté en camino de la recuperación muestra que hay muchos logros para celebrar. Los expertos calculan que, de no haberse tomado esas decisiones hace 20 años, los niveles atmosféricos de las sustancias que agotan el ozono habrían aumentado diez veces para el año 2050, lo que resultaría en 20 millones de casos adicionales de cáncer de piel y en 130 millones de casos adicionales de cataratas oculares, amén del daño causado al sistema inmune humano, la vida silvestre y la agricultura. Debemos asegurar, entonces, que su éxito continúe.

Tanto a nivel mundial como en sus propias actividades el PNUMA promueve prácticas favorables al medio ambiente. La presente revista está impresa en papel reciclado al 100%, y en ella se utilizan tintas de base vegetal y otras prácticas ecológicamente inocuas. Nuestra política de distribución procura disminuir la repercusión carbónica del PNUMA.

Foto de portada © Franck Boston/istockphoto. Este número de Nuestro Planeta se centra en las actividades realizadas durante veinte años para preservar la capa de ozono que protege al planeta de las nocivas radiaciones ultravioletas. Para mucha gente, la lucha contra los pulverizadores en aerosol es el prototipo de la campaña lanzada por el Protocolo de Montreal para eliminar gradualmente los gases que agotan el ozono. El éxito del Protocolo de Montreal ha evidenciado que los problemas del medio ambiente mundial pueden resolverse por medio de compromisos mundiales. Como señalan nuestros autores, esto incluye el cambio climático, un desafío fundamental de nuestra época.